

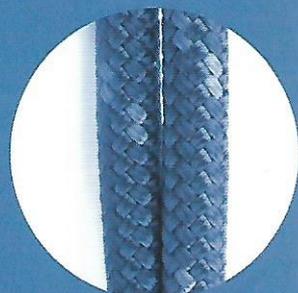
Horizontes de la familia ante el S. XXI

6

Reflexiones con motivo del XXV
aniversario del Instituto Universitario
de la Familia

Ana Berástegui Pedro-Viejo
Blanca Gómez Bengoechea
(coordinadoras)

FAMILIA Y SOCIEDAD



INDICE

Prólogo, por <i>Juan Antonio Guerrero-Compañía de Jesús</i>	9
Introducción, por <i>Ana Berástegui Pedro-Viejo</i> y <i>Blanca Gómez Bengoechea</i>	13
BLOQUE I:	
PERSPECTIVAS MULTIDISCIPLINARES SOBRE LA FAMILIA DEL SIGLO XXI	
CAPÍTULO 1. LOS CAMBIOS EN LA FAMILIA ESPAÑOLA A TRAVÉS DE LAS LEYES <i>Blanca Gómez Bengoechea</i>	21
CAPÍTULO 2. LA FAMILIA EN LA SEGUNDA MODERNIDAD: UNA VISIÓN SOCIOLÓGICA DESDE LA REALIDAD ESPAÑOLA <i>Fernando Vidal Fernández</i>	43
CAPÍTULO 3. NUEVOS PROBLEMAS MORALES EN LA FAMILIA: CERCANÍA CRISTIANA A LAS FAMILIAS ROTAS <i>José María Díaz Moreno, SJ</i>	63
CAPÍTULO 4. VOLVER A CONFÍAR. ENSAYO SOBRE LAS INCÓMODAS RELACIONES ENTRE LA FAMILIA Y LA FILOSOFÍA <i>Jorge Úbeda Gómez</i>	89
BLOQUE II:	
RETOS Y REALIDADES DE LA FAMILIA ESPAÑOLA EN EL S. XXI	
CAPÍTULO 5. LAS NUEVAS RELACIONES HOMBRE-MUJER EN EL SENO DE LA FAMILIA <i>Ana García-Mina Freire</i> y <i>Ana Berástegui Pedro-Viejo</i>	111
CAPÍTULO 6. LA FAMILIA ANTE EL COMIENZO DE LA VIDA: LA TRIPLE DESIGUALDAD DE LA NUEVA LEY DEL ABORTO <i>Ana Berástegui Pedro-Viejo, Blanca Gómez Bengoechea</i> y <i>Salomé Adroher Biosca</i>	133

© 2011 Universidad Pontificia Comillas
Universidad Comillas, 3
28049 Madrid

Diseño de cubierta: Belén Recio Godoy

ISBN: 987-84-8468-342-7

Depósito Legal: S. 251-2011

Maquetación e impresión: Imprenta Kadmos, s.c.l.

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin permiso escrito de la UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS.

HORIZONTES DE LA FAMILIA ANTE EL S. XXI

CAPÍTULO 7. LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS (A PESAR DE LOS PADRES) <i>Juan Pedro Núñez Partido</i>	155
CAPÍTULO 8. LA VEJEZ COMO PROBLEMA Y COMO RIQUEZA: EL ANCIANO EN LA HISTORIA <i>Jesús Rodríguez Torrente</i>	175
CAPÍTULO 9. CONCILIAR HOY: UN GRAN DESAFÍO <i>María José Martín Rodrigo</i>	217
CAPÍTULO 10. EL FRACASO DEL MATRIMONIO: RESPUESTAS JURÍDICAS CIVILES Y CANÓNICAS Y CONSIDERACIONES PASTORALES <i>Carmen Peña García</i>	237
CAPÍTULO 11. FAMILIA E INTERCULTURALIDAD <i>Salomé Adrober Biosca</i>	259

BLOQUE III: RECURSOS PARA LAS FAMILIAS DEL S. XXI

CAPÍTULO 12. LA PROTECCIÓN JURÍDICA DE LA FAMILIA Y POLÍTICAS SOCIALES EN EL ESTADO AUTONÓMICO <i>María Isabel Álvarez Vélez e Isabel Lázaro González</i>	289
CAPÍTULO 13. LA MEDIACIÓN FAMILIAR COMO FORMA DE RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS FAMILIARES <i>Santiago Miranzo de Mateo</i>	319
CAPÍTULO 14. EL APOYO A LA FAMILIA: FORMACIÓN, ORIENTACIÓN Y TERAPIA <i>Virginia Cagigal de Gregorio</i>	335
CAPÍTULO 15. LA FAMILIA Y ALGUNOS DE SUS RETOS: APUNTES PARA UNA PASTORAL DE FAMILIA <i>Pablo Guerrero Rodríguez, SJ</i>	355

LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS A PESAR DE LOS PADRES¹

Juan Pedro Núñez Partido

1.- UN PROBLEMA DE LARGO ALCANCE

Sinceramente, no pretendo decir nada nuevo, sólo decirlo de una forma distinta con la esperanza de que sirva de algo. Prefiero pasar por exagerado o necio que ser cómplice del desaguizado y la confusión en que nos vemos inmersos.

Hace quince años cuando en los cursos y conferencias que dábamos sobre las relaciones familiares, o sobre las crisis que afectan a la familia anunciábamos como pájaros de mal agüero, que el mayor problema que aquejaba a las familias españolas era el deterioro repentino que había sufrido la educación de los hijos, entonces éramos originales, casi podría decirse que íbamos contracorriente. En algunos foros preferían señalar como una grave crisis para la familia, los nuevos modelos de entender la misma que de forma súbita estaban proliferando en nuestra sociedad. Como si fuera malo y contagioso enfrentar el difícil reto de ser familia, según las circunstancias particulares a las que cada uno de nosotros nos vemos sometidos. En otros, en cambio, la moda era hablar de modernizar las relaciones entre padres e hijos y entre profesor y alumno, para así protegerlas de peligrosos espectros ideológicos que, supuestamente, acechaban desde un pasado todavía no superado aparentemente por la sociedad española. En aquellos momentos éramos algo exótico, un ponente que hablaba de familia, pero que permanecía ajeno e ignorante a las “terribles convulsiones” a las que ésta estaba sometida. Cuando señalábamos la difícil situación en la que estábamos colocando a los profesores de nuestros hijos, o la labor que ejercían los abuelos o las mujeres extranjeras encargadas de cuidar de los mismos mientras nosotros estábamos en el trabajo, así como el peligro que suponía desautorizarles a todos ellos, se nos escuchaba cuanto menos con cierta indolencia porque lo que se esperaba de un experto de “cierto nivel”, era que se posicionara ideológicamente y utilizara determinado concepto de familia para hostigar a aquellos cuyo pensamiento se consideraba peligroso.

¹ Pido disculpas por la anacrónica descortesía de utilizar el término genérico “padres” para referirme tanto al padre como a la madre, aunque suponga un atentado contra la igualdad de género. Es cierto que es una forma cómoda de aligerar el texto del uso constante de los dos términos, pero he de confesar que también se trata de un típico y pueril acto de varonil rebeldía al que no he podido resistirme.

Desgraciadamente, ahora sí está de moda hablar de educación, de valores, de disciplina, de leyes, de la responsabilidad de los menores, de cómo educamos a nuestros hijos etc. Son temas que se han puesto de moda porque los niños y los adolescentes se agreden brutalmente y se vejan entre sí, no tienen reparos en hacer públicas a través de Internet sus “hazañas”, consumen drogas y alcohol a edades cada vez más tempranas, porque los profesores se sienten desprotegidos ante los insultos, faltas de respeto, indisciplina y agresiones de sus alumnos, como por la presión y falta de apoyo de los padres.

Las primeras reacciones ya han empezado, algunos Centros y responsables políticos pretenden devolverles a los profesores, a través de nuevas leyes, normas y reglamentos, la autoridad y el prestigio de los que recientemente fueron despojados. Algo que en sí mismo no está de más, pero que es tan insignificante que resulta extremadamente ingenuo creer que sea la solución definitiva.

De repente tenemos prisa por buscar soluciones y de nuevo lo ideológico se impone al sentido común. Se nos olvida que es muy fácil destruir lo que cuesta generaciones conseguir, que hay aspectos de nuestra sociedad que se deterioran en muy corto espacio de tiempo, pero que reconstruirlos requiere un esfuerzo ímprobo y constante a lo largo de muchos años. Ahora no es el momento de eslóganes o campañas simplonas que se centren en un aspecto del problema e ignoren el resto. Es el tiempo de “sembrar” y trabajar con perseverancia en cada una de las distintas dimensiones del problema, con una clara e inquebrantable determinación por parte de todos, con una importante inversión económica que además se haga de forma inteligente y que no busque estadísticas llamativas (ordenadores para todos, bilingüismo etc.) para que dentro de veinte años, podamos de verdad constatar que hemos frenado una tendencia perversa en la que ya estamos inmersos.

Por supuesto los problemas de orden público o de convivencia escolar son sólo la punta del iceberg, el verdadero problema está en casa. Es muy importante tomar consciencia de la cantidad de niños que reciben algún tipo de tratamiento psicológico o psiquiátrico, el incremento exponencial de los diagnósticos en psicopatología infantil. Cada vez son más los padres que reconocen no poder hacerse con sus hijos de 1 a 3

² Sirvan de ejemplo recientes investigaciones en este campo como las de Carballo, J., Oquendo, M., García-Moreno, M., Poza, B., Giner, L., Baca, E., et al. (2006); Ezpeleta, L., Guillamón, N., Granero, R., de la Osa, N., Domènech, J., & Moya, I. (2007); Gómez-Beneyto, M., Bonet, A., Catalá, M., & Puche, E. (1994); Gutiérrez-Casares, J., Busto, F., Galán, F., Rangel, C., Silvestre, M., & Gálvez, I. (1993); Pedreira Massa, J., & Sardinero García, E. (1996).

años, lo que ya es terrible en sí mismo, pero que encuentra su cota máxima de desdicha cuando estos hijos alcanzan la adolescencia y se rompe toda posibilidad de convivencia familiar normalizada. Son muchos los padres que sienten una terrible indefensión ante la tiranía de sus hijos adolescentes e ignoran que ésta fue forjada en la más tierna infancia, cuando el niño con tan sólo un año decidía su dieta con sólo rechazar lo que no le gustaba, o negociaba sutilmente la cantidad de compensaciones que debía recibir para obedecer una orden simple como irse a la cama. Nunca antes los problemas propios de estas edades habían supuesto tanta ruptura y desintegración familiar. Las administraciones e instituciones locales y autonómicas son reclamadas cada vez más, para que intervengan en situaciones de auténtico caos familiar, en las que incluso los padres les piden que se hagan cargo de sus hijos adolescentes con los que ya no saben qué hacer.

Como explicaremos más adelante, en algún momento de nuestra historia hemos cometido el terrible error de abandonar a su suerte a los menores, dejando que sean ellos mismos, desde su ignorancia, su impulsividad y su caprichosa y arbitraria forma de ver la vida los que se hicieran cargo de su propia educación. Lo más paradójico de todo es que lo hemos hecho “por su bien” y porque “un padre siempre quiere lo mejor para sus hijos”.

Países de nuestro entorno que deberían habernos servido como referencia para ver lo que se nos venía encima, si adoptábamos como hicimos sus modelos educativos tanto escolares como familiares que ya entonces estaban fracasando, vuelven a ser un referente para que tomemos consciencia de lo difícil y complicado que va ser reconducir el sistema educativo **intrafamiliar**.

Sacarse el carnet de padre o de madre es gratis y requiere aún menos “competencias” que ingresar en la Universidad o ser político y ostentar algún cargo de responsabilidad. Éstos últimos, nuestros políticos, sólo tienen que agitar una bandera ideológica para que hagan lo que hagan, o decidan lo que decidan, nosotros, esos padres tan terriblemente preocupados por nuestros hijos y el futuro de la sociedad, les votemos o les denostemos ciegamente según comulguemos con una ideología u otra. En este país hemos llegado a discutir defendiendo posiciones extremadamente radicales a favor o en contra de una simple asignatura, como si de su impartición dependiera exclusivamente el “talente” ético de la ciudadanía del futuro, o como si a través de ella se pudiera realizar un lavado de cerebro de adoctrinamiento ideológico. Ojalá fuera tan sencillo moldear la estructura de personalidad y la responsabilidad ética de nuestros hijos, con

cuatro asignaturas haríamos de ellos unas personas magníficas capaces de afrontar la vida con gallardía, coraje y estabilidad emocional.

Mientras malgastamos energías y resarcimos nuestra conciencia con debates sobre la filosofía de la educación, cada uno de los que hemos decidido ejercer de padres o de madres lo haremos, en el mejor de los casos, dejándonos llevar por intuiciones y cómodos dogmas pseudopedagógicos y seremos los modelos y el referente para las familias que formen nuestros hijos, así como ellos lo serán para nuestros nietos. Por lo que la falta de criterio sobre lo que es el buen ejercicio de la paternidad o la maternidad, se extiende irremediabilmente en una cadena sin fin a lo largo de una generación tras otra y a través de todas las capas sociales.

Volvemos a ser pájaros de mal agüero y volvemos a desear estar equivocados, tal vez sigamos siendo el mismo necio exótico de hace quince años, sólo que un poco más viejo y eso sí menos ambicioso, pues ya no queremos advertir al mundo para que la sociedad cambie, nos conformamos con ayudar a algunos futuros padres que quieran oírnos.

2.- LO QUE NO VA A ENCONTRAR EN ESTE CAPÍTULO

Obviamente no espere que le demos soluciones fáciles, no existen. De hecho lo difícil ni siquiera consiste en saber qué es lo que hay que hacer, lo que es extremadamente complicado es hacerlo y hacerlo bien. La montaña más alta se escala simplemente dando pequeños pasos, pero el esfuerzo y el sacrificio que exige es lo que hace que muy pocos lleguen a la cima.

Con estas páginas sólo aspiramos a remover sus propios planteamientos para obligarle a revisar la forma de educar a sus hijos. Nos centraremos en un par de cuestiones básicas con la esperanza de arrojar algo de luz, sobre un panorama enmarañado con todo tipo de extravagantes teorías sobre el bien y el mal, así como con recetarios de trucos extremadamente sencillos, o mejor dicho obscenamente estúpidos, con los que supuestamente los angustiados padres podrán resolver los complicados problemas que tienen con la educación de sus hijos.

No le vamos a descargar ni un ápice de su responsabilidad, váyase haciendo a la idea de que, en la mayoría de los casos, el problema de su hijo es usted. No es nuestra intención permitir que se esconda detrás de un diagnóstico infantil, ni que espere que la solución venga a través de una pastilla que le den a su hijo y mucho menos que se crea víctima de lo que probablemente sea el máximo responsable. Si lo prefiere no tiene por

qué continuar leyendo, puede parar aquí y seguir confiando en que los profesionales hagan lo que puedan por su hijo mientras usted, que es quien le quiere y quién convive con él a diario, por alguna extraña razón tiene las manos atadas y el alma encogida y por eso no puede hacer otra cosa que sufrir y resignarse.

Si por casualidad le preocupara el problema social que se genera, como consecuencia de la confluencia de los pequeños desastres hogareños en las calles y aulas de nuestro país, le tengo que advertir que no le conviene olvidar que, aunque sean una minoría, entre ellos también se encuentran los hijos de familias desestructuradas a través de varias generaciones, los hijos de padres adolescentes, los hijos de la marginación, la delincuencia y la droga, los de los inmigrantes explotados laboralmente que pasan la mayor parte de su tiempo solos en casa o en la calle, porque sus padres están trabajando desde el amanecer hasta la noche y que se sienten inseguros y desarraigados en una tierra hostil y extraña, los “hijos de nadie” que pasan su vida en centros de acogida, los que crecen reclusos en centros de internamiento porque desde muy jóvenes han cometido algún tipo de delito etc. La educación de estos “hijos de todos” es otro de esos aspectos del problema que no vamos a tratar a lo largo de estas páginas porque no tenemos tiempo ni espacio, pero cuando usted le reclame soluciones al gobierno de turno, no olvide que para hacerlo bien éste tendrá que gastarse mucho dinero y como ese dinero saldrá de sus bolsillos exíjale que lo haga con exquisito rigor, que la formación de los profesionales sea del más alto nivel posible, que el sueldo de los educadores y los profesores así como sus condiciones laborales reflejen el respeto y la consideración social que debe tener un trabajo tan delicado, complejo e importante. No se conforme sólo con las cifras sobre el dinero gastado y los casos atendidos, porque si con eso el político justifica su labor, como han hecho todos hasta ahora, no dude que su dinero se estará tirando al cubo de la basura y que sólo la ética y la responsabilidad de esos trabajadores mal pagados y poco reconocidos, facilita que algunos de esos muchachos no se conviertan en un problema para sí mismos y los demás.

En el otro lado de la balanza se encuentran las clases acomodadas, que en los últimos cuarenta años han experimentado un notable aumento en su calidad de vida, introduciendo las reglas y valores de la sociedad de consumo en el seno de la vida familiar. Son muchas las familias que viven exclusivamente orientadas hacia el bienestar, con poca capacidad de frustración, acostumbradas a “comprar” la felicidad. Obviamente ninguna lo reconocerá porque siempre hay otras familias más excéntricas y, a fin de cuentas, “nosotros somos una familia normal”. La “buena educación” consiste

en pagar clases particulares y de apoyo, así como formación extra en idiomas, deportes, música etc. El afecto se demuestra comprando ropa de marca, carísimos juguetes electrónicos, consolas, equipos informáticos, el ipod o el mp4, el teléfono móvil siempre necesitado de saldo, y que no pueden dejar de tener para no convertirse en un “paria” entre sus amigos, la habitación para él sólo con su televisión, la fiestas de cumpleaños que se organizan y a las que se acuden y a las que hay que llevar el regalo correspondiente, los trajes y banquetes tipo boda asociados a cada hito social o religioso. El interés y la protección de nuestro hijo consiste en pagar al psicólogo del niño, los seguros médicos privados, el dentista, el ortodoncista, tratamientos para el acné o incluso alguna operación estética. Le preparamos para el futuro a través de los viajes al extranjero para aprender idiomas, los Másters y cursos de postgrado, el carnet de conducir, el coche o la moto. Su independencia la facilitamos dándole dinero para las comidas fuera de casa, para sus aficiones y para salir con sus amigos el fin de semana. Podemos querer transmitirles de “boquilla” a nuestros hijos todos los valores que nos dé la gana, pero los verdaderos valores que regularán sus actos, serán aquellos bajo los que haya vivido desde que pisó este mundo. Una vida cómoda, la satisfacción constante de caprichos, posesiones que dan o quitan identidad, la importancia del dinero para conseguir cosas, el valor de la sofisticación y de la imagen, obtener placer sin esfuerzo, forjan el carácter más de lo que creemos, pero sintiéndolo mucho tampoco vamos a hablar de valores o estilos de vida a lo largo de estas líneas.

Sin lugar a dudas, en la actualidad es mucho más difícil ser padre y madre. Para progresar en el trabajo y así poder sostener el tren de vida que llevamos, tenemos que sacrificar mucho tiempo del que deberíamos estar en familia. Los padres queremos rentabilizar el poco tiempo que pasamos con nuestros hijos, llegamos a casa con pocas fuerzas y ganas de afrontar la batalla educativa, trivializamos las quejas sobre el mal comportamiento de nuestros hijos, levantamos castigos e ignoramos todo lo que podemos las conductas claramente inadecuadas de éstos. Estamos demasiado cansados y estresados para generar más conflicto en casa o provocar por una tontería la rabieta y el llanto del niño. El trabajo doméstico y los cuidados que requieren cuando son pequeños ya es una carga más que suficiente. Por eso es un alivio cuando son capaces de jugar solos y ni que decir tiene que si el niño está distraído no es necesario pasar tiempo con él y “aguantarlo”, ni enseñarle a disfrutar a través de una agotadora interacción con nosotros. Deberían elevar a los altares a los inventores de la televisión, el video, el DVD, las películas infantiles, los cuentacuentos, los juegos por ordenador,

las videoconsolas y cualquier otro artilugio que permita a los hijos pasar un montón de horas entretenido sin molestar a sus padres. Naturalmente tampoco vamos a decirle cómo ha de vivir su vida porque sólo usted sabe lo dura que es y lo importante que es el tiempo que dedica a su trabajo, aunque a lo mejor tampoco estaría de más que revisara un poco sus planteamientos al respecto.

3.- AFECTO Y AUTORIDAD “*COMBINADOS PERO NO MEZCLADOS*”

Que nuestros hijos se sientan queridos y que aprendan a controlar sus impulsos, son los pilares de la estructura emocional que hará de ellos unas personas sanas, estables y seguras, capaces de ser felices y hacer felices a los demás. Por tanto, tenemos que saber transmitirles nuestro cariño y ejercer la autoridad de forma constante y diaria. Nuestra responsabilidad es irrenunciable aunque podamos contar con ayuda o delegar parcialmente en otros, pero en ningún caso podemos pretender que otros hagan lo que sólo nosotros podemos hacer.

En las últimas décadas ha ido cuajando en nuestra sociedad la falsa y peligrosa idea de que la trasmisión de afecto es incompatible con la imposición de normas y la aplicación de castigos. Hemos mezclado ambos conceptos convirtiéndolo en uno solo, cuyos dos extremos irreconciliables nos obligan a optar por seguir una dirección u otra, en nuestra forma de relacionarnos y educar a nuestros hijos. Esta equivocada concepción de la realidad se ha instalado en todos nosotros por distintas razones. Por un lado, somos víctimas de una extraña y absurda traslación que equipara la relación entre padres e hijos con el tipo de régimen político que organiza la vida en sociedad. Una dictadura equivaldría a un perverso y trasnochado ejercicio de la paternidad, basado exclusivamente en imponer normas. Y la democracia sería, según esta concepción, el buen ejercicio de la paternidad donde todo se dialoga y los deseos del niño son tenidos en cuenta y en ningún caso serán censurados o frustrados.

Tener que explicar esto puede resultar algo pueril para algunos lectores, les pido disculpas de antemano, pero desde el principio aclaré que prefería pasar por necio a ser cómplice del desastre. Para no extenderme en exceso en este asunto, haré tres consideraciones que espero sean suficientes para despejar los nubarrones de la confusión que entre todos hemos creado. En primer lugar, no es cierto que un sistema democrático no imponga normas de obligado cumplimiento, o que no se apliquen castigos a los infractores de las mismas. Tampoco es cierto que esas normas sean bien recibidas por todos los ciudadanos, ni siquiera que se les haya tenido en cuenta. Y esto

es así porque es imposible la convivencia entre nosotros si no la regulamos de alguna manera, la alternativa es la violencia constante a través de la ley del más fuerte. En segundo lugar, también es falso que todos los ciudadanos de una dictadura estén reprimidos o sometidos a un régimen con el que no tienen nada que ver. De hecho, en toda dictadura hay un pequeño grupo de privilegiados para los que no hay normas porque están por encima de la ley. En tercer lugar, es tan absurda y peligrosa esta patraña como pretender reclamarle a su pareja el derecho a huelga o un salario por los servicios prestados, o pagarle al vecino para que haga de juez cuando discuten, o invertir un tercio de su sueldo en adiestrar un ejército para evitar que algún miembro de su hogar invada su espacio privado, si es que tiene la suerte de tenerlo. Por tanto, lo que deberíamos preguntarnos es qué ley impera en nuestra casa, quién la impone y con qué criterios u objetivos, cualquier otro planteamiento corre el riesgo de convertirse en una macabra memez.

Por otro lado, esta confusión no sólo es fruto de disparatadas concepciones de la educación, sino que también es consecuencia de la dificultad que entraña ejercer bien la paternidad. Probablemente ésta sea la razón más importante de todas, nuestra propia debilidad. Cuando castigamos nos volvemos "malos" a los ojos de nuestro hijo "no le queremos". En cambio, cuando intentamos razonar con él, si tenemos suerte, podemos evitarnos ese mal trago y todos felices y contentos sintiendo que nos queremos mucho. Además cuando castigamos a nuestros hijos les vemos sufrir y nos sentimos culpables, dudamos si lo habremos hecho bien, sentimos internamente la contradicción que supone hacer sufrir a quien queremos. Tanto es así que, en cuanto nos enfriamos o nos distanciamos del momento, lo normal es que nos dejemos llevar por el afecto y le perdonemos el castigo bajo la promesa de que no lo volverá a hacer. Si cuando cedemos a sus chantajes y pataletas nos justificamos a nosotros mismos diciéndonos que somos padres flexibles y comprensivos, y que lo hemos hecho por compasión y por amor, nos sentiremos mucho mejor. Así que la ecuación final es fácil de entender y mucho más fácil de aplicar, el padre que castiga es "malo" y el que no lo hace es "bueno", el padre que castiga lo pasa mal y el que no lo hace no. El que inventó el dicho "quien bien te quiere te hará llorar" es probable que fuera muy consciente del peligro que entrañaba dejarse llevar por lo cómodo y por una compasión que sólo mira a corto plazo.

Como hemos dicho al principio de este apartado, los ejes fundamentales que estructuran la relación con nuestros hijos son el saber transmitirles nuestro amor y el buen ejercicio de nuestra autoridad como padres. Ambos aspectos son igual de

necesarios y cruciales y, por supuesto, son completamente independientes. Es obvio que no hace falta ni un ápice de afecto para establecer normas y aplicar correctamente las sanciones correspondientes, al igual que se puede querer mucho a una persona y ser incapaz y completamente incompetente para educarla de forma adecuada. Y esta independencia no sólo es consustancial a la naturaleza de ambas interacciones, sino que debe quedar completamente desligada la una de la otra en la relación con nuestros hijos. Pocas cosas hay tan contraproducentes en la educación como transmitir al niño que nuestro afecto depende de su comportamiento, castigándole con nuestro rechazo o indiferencia. A nuestros hijos y a nosotros mismos siempre nos tiene que quedar muy claro que nuestro amor hacia ellos, no sólo no está en juego cuando tenemos que ejercer el lado más desagradable de la labor educativa, sino que precisamente lo hacemos porque les queremos, porque nos importa su seguridad personal, su desarrollo como personas y su futura integración en la sociedad.

4.- SABER QUERER Y SABERLO TRANSMITIR

Querer a nuestros hijos y transmitirles de la mejor forma posible nuestro afecto, es el pilar fundamental sobre el que se sustenta no sólo la buena relación entre padres e hijos, sino también el desarrollo de una futura personalidad segura de sí misma y capaz de relacionarse con los demás de una forma sana y enriquecedora³.

Que los padres quieran a sus hijos es un supuesto que tristemente no se cumple en muchas ocasiones. Poco se puede hacer en esos casos y obviamente este texto no está escrito para esos padres, que jamás tendrán interés en hacer nada por mejorar la relación con sus hijos ni por tratarles de forma más benevolente.

En cualquier caso, querer no es fácil, al menos no es fácil hacerlo bien y mucho menos aún transmitirlo adecuadamente. Solemos creer que basta sentir con intensidad el deseo de estar con otra persona o de querer su bienestar. Pero estar a diario conviviendo con esa persona no es sencillo y su bienestar y el nuestro no son fácilmente compatibles en la mayoría de las ocasiones, lo que a su vez lleva irremediabilmente aparejado sacrificios, renunciaciones, incomodidades, conflictos, rencillas, frustraciones, decepciones..., que ocultan “bajo toneladas de escombros” ese sentimiento tan intenso y puro que creíamos suficiente e inagotable.

³ Véase Bowlby, J. (1986).

Cuando queremos a otro, lo hacemos sin despojarnos de nuestras debilidades y egoísmos, de nuestras limitaciones como seres humanos que acarreamos con nosotros allí donde vamos. A un corazón pequeño no se le puede pedir que brinde un gran amor y, en general, todos albergamos un alma más bien mediocre. Nuestra necesidad de sentirnos queridos y valorados intoxica las relaciones con aquellos a quienes más amamos. Reclamamos, chantajamos, manipulamos al otro, y a la vez lo sacrificamos y lo entregamos “todo”, dependemos asfixiantemente de su afecto, pero anhelamos nuestra propia independencia y libertad. Tenemos miedo a perder al otro, a hacerlo mal, a que se nos pueda echar algo en cara, pero también a verle sufrir. La relación se acaba tejiendo con todas y cada una de estas hebras, generando una relación compleja capaz de poner en marcha un enmarañado repertorio de sentimientos, entre los que no es fácil percibir de forma clara y nítida el amor y el afecto del otro.

Ninguno de nosotros se esfuerza por aprender a querer, damos por hecho que el sentimiento es suficiente y así nos va. Cuando esta patética y precaria puesta en escena del amor se desarrolla entre adultos, se supone que los protagonistas poseen los recursos emocionales necesarios que han cosechado a lo largo de su vida, para ser capaces de afrontar las consecuencias, pero lógicamente esto no es así cuando se trata de un niño ya que su psiquismo está por desarrollarse. Saber querer y transmitir nuestro amor a nuestros hijos, es la mayor responsabilidad que adquirimos cuando los traemos a este mundo. Con mucho esfuerzo seremos capaces de hacerlo mínimamente bien, tomar consciencia de ello es la mejor forma de no caer en la dejadez propia del exceso de confianza, nos mantendrá alerta con respecto a nuestra propia pequeñez emocional y evitará que se nos olvide que se trata de una tarea “siempre inacabada”.

Transmitir adecuadamente nuestro amor a nuestros hijos entraña algunas complicaciones extras. Por un lado, su mera existencia pone patas arriba nuestra vida desde el primer momento hasta el último y nos demanda un extra de energía y dedicación que supera todas nuestras expectativas y que, cuando son pequeños, además colapsa prácticamente todo el tiempo que antes estaba reservado a nuestro descanso y ocio personal. Así pues, los primeros años de paternidad y maternidad se caracterizan por un permanente estado de agotamiento físico, que nos deja pocas ganas de realizar esfuerzos extras. Por otro lado, ese “otro” al que querer ha sido durante mucho tiempo un ser indefenso, frágil, ingenuo, ignorante, casi sin pasado ni experiencia, con una personalidad por desarrollarse que creíamos podíamos diseñar a la carta, sobre el que era muy fácil depositar esperanzas y sueños. Es decir, que durante muchos años se ha

tratado más bien de un “pseudo otro”, pero de la noche a la mañana se convierte en un “otro” contestatario, con experiencias, relaciones y afectos ajenos a nosotros, con una personalidad propia que busca un lugar distinto al que le habíamos reservado.

A nuestros hijos cuando son pequeños los queremos de forma invasiva y caprichosa, desplegamos con total arbitrariedad y despreocupación nuestro repertorio afectivo según nos viene en gana y la necesidad que tienen de nosotros es tal que normalmente somos bien recibidos. Ésa cómoda forma de querer fuertemente arraigada en nosotros durante esos primeros años, suele terminar por estrellarse frontalmente contra la repentina e inamovible realidad que un día emerge ante nosotros, cuando nuestro hijo, además de ser nuestro hijo empieza a ser persona, con su propia identidad, su propio criterio y una vida propia en la que perdemos protagonismo y para la que ya no nos necesita de igual modo. Por eso, desde el primer día que tenemos a nuestro hijo en brazos, tenemos que mirarlo no sólo como el tierno objeto de nuestro deseo, sino directamente a los ojos, a su alma, tratando de ver más allá para descubrir a la persona que algún día será. Nuestra responsabilidad es ayudarlo a que se desarrolle lo más plenamente posible, respetando todo lo que ya es en potencia, para no convertirnos nunca en un lastre que merme sus posibilidades de ser feliz.

Querer a nuestros hijos significa querer su bien, pero su bien a largo plazo que es duradero y no sólo el del instante presente que es vacío y fugaz. Esto lo tenemos muy claro cuando se trata de garantizarles ciertas comodidades o privilegios como estudios, una buena carrera o un buen puesto de trabajo. Cuanto antes aprenda inglés mejor y por eso si podemos los llevamos a una guardería bilingüe. Si queremos que sea un prodigio como tenista, no dudamos en llevarle a entrenar cuando apenas puede sujetar la raqueta. Si queremos desarrollar su inteligencia, antes de que sepa hablar ya asiste a una academia donde enseñan un método chino para hacer cálculos matemáticos. Si cuando es un bebé se duerme oyendo a Mozart, soñamos que algún día será un virtuoso del piano. Cuando se trata de nuestras ambiciones, tenemos muy claro que nunca es demasiado pronto, para fomentar en nuestro hijo las destrezas que va a necesitar en el futuro.

Curiosamente cuando se trata de sus habilidades emocionales, aquéllas sobre las que de verdad se asentará su futura felicidad, siempre nos parece demasiado pronto, precisamente cuando éstas habilidades del alma son mucho más complicadas y difíciles de desarrollar. Si queremos que un pequeño brote crezca recto, colocamos desde el primer momento que ve la luz, un soporte que oriente su crecimiento hacia el cielo azul.

Eso evitará que su tronco termine doblado o retorcido al quedar a merced de los caprichos del viento, o debido al peso de sus propias ramas. Y al hacerlo así, el esfuerzo que el agricultor y la planta tienen que hacer es mínimo, si lo comparamos con el que tiene que realizar aquél que confiado dejó el tierno tallo a su suerte. Cuanto más tarde en reaccionar el agricultor más grueso será el tronco y mucho más difícil corregir las desviaciones en su desarrollo. Por la misma razón, no deberíamos perder ni un solo minuto del preciado y escaso tiempo del que disponemos para influir en nuestros hijos. Pero claro, en este caso el entrenamiento no se puede delegar en otros, no se paga con dinero, tienen que ser los que conviven a diario con el niño los que no pierdan ni una sola oportunidad de abrir y marcar el sendero por el que ha de crecer el espíritu humano. En esta batalla, como en todas las que son importantes en la vida, son nuestros propios miedos y debilidades los que serán convocados a cada paso, los que tendremos que superar para llevar un poco más allá a nuestros hijos. Ni que decir tiene que cuanto más tiempo pasemos con él más oportunidades tendremos y que nuestro ejemplo y nuestra actitud constante y coherente a lo largo del tiempo, serán la única estrategia verdaderamente eficaz para que nuestro hijo aprenda a ser persona. Las “clases teóricas” no están de más, pero sirven de poco.

4.1.- COSAS QUE REGALAR A MI HIJO

1.- Si de verdad quiero que mi hijo sea fuerte en el futuro, tendré que enseñarle desde el primer día a sufrir y a esforzarse.

2.- Si aspiro que mi hijo sea una persona independiente, tendré que dejarle solo y permitirle alejarse de mí.

3.- Si quiero sembrar en mi hijo la generosidad tendré que enseñarle a sacrificarse por los demás y a renunciar a lo suyo.

4.- Si quiero que mi hijo sea austero y sepa disfrutar de las cosas sencillas, los caprichos no tienen cabida ni razón de ser.

5.- Si para mí es importante que mi hijo sea valiente y no le atormenten sus miedos, tendré que permitirle que se enfrente a ellos y nunca le transmitiré los míos.

6.- Si quiero que mi hijo sea responsable, tendrá que hacerse cargo progresivamente de todo aquello que le concierne, sin que yo tape sus faltas o haga las cosas por él.

7.- Si quiero que mi hijo sea honesto consigo mismo, le enseñaré a reconocer humildemente sus errores y sus limitaciones y a saber pedir perdón. Y todas y cada una

de las veces que lo haga, le miraré a los ojos lleno de orgullo al ver en él a un hombre libre.

8.- Si quiero que mi hijo sea honesto con los demás, nunca le mentaré ni le permitiré que lo haga, le mostraré la realidad de forma clara y directa y la agradeceré que él haga lo mismo conmigo.

9.- Si no quiero que mi hijo se pierda o se traicione a sí mismo, nunca le compararé con otros, ni ninguno de los dos alimentará una imagen ideal que perseguir, para que así ame la serenidad que trae vivir sin tener que mantener una apariencia y para que se aleje instintivamente del desasosiego de tener que ajustarse a un guión establecido.

10.- Si quiero que mi hijo sea una persona leal, nunca traicionaré mi palabra y le obligaré a cumplir la suya.

11.- Si quiero que mi hijo sepa conocerse a sí mismo, la enseñaré a identificar y a expresar sus emociones hablándole yo de las mías.

12.- Si no quiero que mi hijo sea esclavo de sus virtudes, le enseñaré lo volátiles que son los aplausos y lo superficiales que son las miradas de admiración.

13.- Si no quiero que mi hijo sea de los que no meditan las consecuencias de sus actos, dejaré que cometa sus propios errores y le enseñaré a afrontar las consecuencias, a rectificar cuando se pueda y a paliar el daño que haya hecho.

14.- Si no quiero que mi hijo sea de los que no arriesgan para no equivocarse, le dejaré sólo en su desidia, sin aliviarle lo más mínimo el vacío de su inacción y su cobardía, pero también le mostraré mis cicatrices y la sabiduría que he adquirido con cada una de ellas.

15.- Nunca amortiguaré el amargo sabor de la frustración para que aprenda a resignarse y se acostumbre a levantar rápidamente la mirada para redescubrir el mundo de posibilidades que siempre te ofrece la vida.

16.- Nunca consentiré ni me doblegaré ante sus pataletas, para que su egocentrismo no le envenene el alma.

17.- Si quiero que mi hijo sepa amar, le enseñaré a respetar a los demás, especialmente a quienes somos sus padres, pero también a sus hermanos, a las personas que le cuidan, a sus abuelos, a sus profesores y a sus amigos.

18.- Si quiero que mi hijo se acepte a sí mismo y sepa estar solo si fuera necesario, le diré que le quiero todos los días de su vida, con la palabra, con miles de besos y abrazos y sobre todo con mi profundo respeto a su persona, aceptándole tal y

como es, esforzándome por saber de él a medida que va creciendo, interesándome por conocerle y dejando que me conozca.

19.- Si quiero que mi hijo sea alegre, reiré con él y jugaremos juntos a lo que a ambos nos resulte divertido y nunca fingiré ni lo haré por obligación.

20.- Y todo ello lo haré desde el primer momento, a la menor ocasión, tantas veces como pueda y cada vez que la vida nos brinde de nuevo una oportunidad. Porque amar a un hijo es querer lo mejor para él, prepararle para la vida y no robársela con la excusa de protegerle.

5.- LA NECESARIA AUTORIDAD DE LOS PADRES

Si no queremos que nuestros hijos sean víctimas del propio devenir de sus caprichos y primeros impulsos, debemos ejercer bien la autoridad. Los límites y las normas son los elementos fundamentales, que orientan el desarrollo del niño hacia la supervivencia y la vida en sociedad. Son pequeñas, pero condensadas lecciones de sabiduría que sacan al niño de su ilimitado, oscuro, vacío y precario mundo egocéntrico y le facilitan que se relacione eficazmente con la realidad y aprenda a construirse en el encuentro con los demás.

Cuando no sabemos o no queremos asumir la autoridad, nuestros hijos son los primeros en pagar las consecuencias, pero también nosotros y la sociedad en su conjunto. Niños caprichosos, acostumbrados a hacer lo que quieren, a doblegar la voluntad de los adultos a través de la pataleta, niños agresivos con quien se opone a sus deseos, incapaces de superar la más pequeña frustración porque desde pequeños hemos preferido distraer su atención para aplacar su llanto, que negarles tajantemente el objeto de su deseo. Niños inquietos e inconstantes que han sido sobre estimulados porque el más leve asomo de aburrimiento les resultaba insoportable y sistemáticamente sus padres hemos preferido buscarles cualquier tipo de distracción o pasatiempo, a obligarles a asumir las consecuencias de su propia falta de iniciativa. Estos niños se acaban convirtiendo en adultos inestables, cargados de ansiedad, insatisfechos y egoístas.

El ser humano cuando nace apenas tiene un puñado de patrones de respuesta prefijados, nuestro comportamiento instintivo es bastante precario en comparación con el de otras especies. A cambio tenemos una enorme capacidad para adquirir un amplísimo abanico de respuestas, tan versátil y flexible que nos ha permitido adaptarnos a prácticamente cualquier circunstancia y contexto. Nuestra interacción con el medio

ambiente, está mediatizada por nuestra extrema capacidad para detectar las consecuencias de nuestra conducta. Lógicamente los beneficios y los perjuicios, los premios y los castigos resultantes de cada una de nuestras acciones, son las claves que fundamentalmente utilizará nuestro psiquismo, para ir configurando los principios que regularán nuestro modo de funcionar a lo largo de la vida.

El dolor y el sufrimiento que padecemos tras realizar determinados comportamientos, son la señal de alarma natural que nos alejará de las situaciones peligrosas y evitará que repitamos aquello que nos llevó a su encuentro. Basta quemarse una vez para que a partir de ese momento tengamos un cuidado extremo ante la presencia de una llama. Y lo bueno del fuego es que siempre te quema, por eso, si la primera experiencia no fue demasiado dolorosa, si la memoria te falla o si la curiosidad te puede, basta con acercarse de nuevo a una llama para descubrir que sus propiedades siguen intactas.

Más complicada es nuestra relación con aquellas situaciones menos fiables, más caprichosas a la hora de enseñarnos sus secretos. Cruzar una calle cuando el semáforo está en rojo no siempre acarrea la muerte, por eso probamos insistentemente hasta que un día nos encontramos con ella. Ningún adulto mete los dedos intencionadamente en un enchufe, pero son muchos los que conducen después de haber bebido distintas cantidades de alcohol. La diferencia es clara, en el primer caso todos sabemos lo que nos espera, el lacerante dolor de la corriente eléctrica atravesando nuestro cuerpo, en el segundo, a veces tienes un accidente y otras no.

El castigo y el dolor tienen mala prensa, pero como vemos no sólo son un mecanismo natural gracias al cual sobrevivimos y nos adaptamos, sino que según lo consistente que sea su presencia, nuestra conducta se orienta en una u otra dirección.

Seguramente no puede haber nada más contraproducente que la enseñanza y el ejercicio de la autoridad se basen exclusivamente en la aplicación de castigos, entre otras razones porque así es mucho más difícil que se desarrolle la persona emocionalmente y que se relacione de una forma positiva con sus padres o educadores. Pero seguro que esto o algo parecido ya lo había oído en más de una ocasión, el problema es que este tipo de afirmaciones sólo son ciertas si se refieren a un aprendizaje basado **exclusivamente** en el castigo, pero se convierten en una aberración cuando se refieren al uso del castigo como una herramienta más. A no ser que usted sea un sádico o no quiera a su hijo, reconocerá fácilmente que aplicar castigos es mucho más complicado, duro y desagradable que dar palmaditas en la espalda o hacer regalos. Por

esa razón todos hemos respirado ingenuamente aliviados cuando se nos ha eximido de dicha responsabilidad. Al renunciar y declararnos cómodamente incompetentes en el uso del castigo, nos hemos desprendido de una herramienta educativa extremadamente útil y eficaz. Con esa estupidez, prácticamente hemos reducido a cero la posibilidad de ejercer la autoridad con nuestros hijos y hemos aumentado exponencialmente el riesgo tanto para su supervivencia, como para su buen desarrollo como ser humano. Si nunca ha castigado a su hijo, no espere tener mucho éxito si un día lleno de pánico le grita a su hijo de un año que se pare, cuando tras soltarse de su mano echó a correr para cruzar sólo la calle, pues al oírle y ver su cara es probable que crea que todo forma parte de un juego, o que aunque usted esté enfadado sigue siendo más interesante lanzarse en pos de la libertad ya que nunca desobedecer le ha acarreado ningún tipo de sufrimiento. Por supuesto, lo mejor es que su hijo nunca se suelte de su mano, o a lo mejor tampoco es tan bueno que viva bajo esa opresión e inseguridad constantes, no lo sé, pero lo que sí está claro es que si algo así ocurre y los accidentes ocurren, su hijo tendría más oportunidades de salvar la vida si al oír la voz de su padre, gritándole para que se quede quieto, tuviera muy claro que desobedecer le iba a suponer algún tipo de castigo.

Si los adultos necesitamos el castigo, los niños mucho más. ¿Acaso cree que todos nosotros iríamos a trabajar puntualmente todos los días, si el no hacerlo no implicara sanciones económicas o la posibilidad de perder el puesto de trabajo? Hubo un tiempo en que los padres sólo sabían castigar y obviamente el ejercicio de la paternidad dejaba entonces mucho que desear. Hoy los padres no saben o no quieren hacerlo, pero yo no me atrevería a decir que el resultado esté siendo mucho mejor.

El absurdo ha llegado a tales extremos, que hacer afirmaciones ciertas, precisas y obvias con respecto al castigo como herramienta educativa, puede ser vivido por muchos como si estuviéramos incurriendo en un terrible pecado, o en algún tipo de perverso fanatismo. Y por otro lado, tampoco sería descabellado que al leernos hubiese algún padre que respirase aliviado porque una vez castigó a su hijo y desde entonces el remordimiento no le ha dejado dormir. Por estas y otras razones es por lo que hemos preferido centrarnos en la aplicación correcta de los castigos, como herramienta fundamental del importante ejercicio de la autoridad que como padres tenemos que desempeñar.

5.1.- DECÁLOGO DEL BUEN CASTIGO⁴

1. El castigo bien aplicado es siempre eficaz, luego si no funciona es porque no lo estamos haciendo bien.

2. El castigo si se aplica de forma intermitente, es decir que si a veces ignoro el comportamiento inadecuado de mi hijo para evitarme el conflicto, no sólo no será eficaz sino que pudiera ser contraproducente.

2.1. Si me dejo llevar por la pena y perdono a mi hijo cuando se me pasa el enfado, porque al fin y al cabo son “cosas de niños”, no debería olvidar que precisamente son las “cosas de niños” las que hay que corregir, para que no se conviertan en “cosas de adolescentes o de adultos”. Cuando son niños es cuando podemos intervenir, luego será demasiado tarde.

2.2. Si nuestras amenazas y avisos sólo se cumplen cuando estamos hartos, lo que le estamos enseñando a nuestro hijo no es que esté mal lo que hace, puesto que a veces lo consentimos, sino que todo depende del estado anímico y caprichoso de sus padres.

2.3. Cuando cedemos ante la insistencia de nuestro hijo, favorecemos que aumente la intensidad y la persistencia de sus conductas porque habrá aprendido que así puede doblegar nuestra voluntad

3. Sólo podemos hablar de castigo cuando el niño sufre de alguna manera por las consecuencias de su acción. Si al niño le da igual el castigo y, por tanto, no cambia de comportamiento, entonces técnicamente no le hemos castigado.

4. En la medida de lo posible, el castigo debe ser inmediato y desde el primer momento en el que se inicia la conducta inadecuada.

5. La aplicación del castigo debe ser emocionalmente neutra, sin gritos ni expresiones afectivas de carácter negativo y mucho menos acompañado de críticas y desvalorizaciones dirigidas al niño. Esto es mucho más fácil si, como hemos dicho en el punto anterior, actuamos desde el primer momento y no esperamos a enfadarnos ante el insistente mal comportamiento de nuestro hijo y su escalada de desobediencia.

6. Si le doy más de un aviso a mi hijo, cada vez que lo repita o lo amenace estaré corroborando que mi palabra no vale nada, puesto que obviamente no se ha cumplido en cada una de las ocasiones previas. Este es el camino más corto para

⁴ Basado en Ardila, R. (1967).

desautorizarme a mí mismo y será terriblemente injusto para mi hijo que luego pretenda que me haga caso, si mi advertencia entraña ocasionalmente una consecuencia grave.

7. No es posible educar bien a nuestro hijo si ambos padres no formamos un frente común. Cuando actuamos con criterios distintos nuestro hijo aprende que el valor de las cosas es relativo, que él puede hacer lo que quiera y simplemente tiene que discriminar delante de quien lo hace. Es probable que con los años además aprenda a manipularnos y enfrentarnos uno contra otro. Por esta razón:

7.1. Jamás desautorizaré a mi pareja delante de mi hijo, aunque no esté de acuerdo en cómo haya actuado.

7.2. Nuestros desacuerdos los solucionaremos en la intimidad y nunca delante de él.

7.3. En la medida de lo posible, estaremos juntos cuando le comuniquemos nuestras decisiones con respecto a las pautas a seguir.

7.4. Le castigaremos cada vez que acuda a uno de nosotros para conseguir algo que el otro le haya denegado previamente.

7.5. Daremos prioridad a comunicarnos las decisiones que hayamos tomado en ausencia del otro, ante las distintas circunstancias que hayan podido plantearse.

8. Si queremos que terceras personas (profesores, personal doméstico, abuelos, monitores etc.) nos ayuden en la educación de nuestro hijo, debemos apoyarles siempre públicamente en el ejercicio de su autoridad y exigirle a nuestro hijo un respeto mayor que el que puedan tener hacia nosotros mismos.

8.1. Nuestro hijo debe aprender que en ámbitos distintos, rigen normas distintas y que éstas, así como la autoridad, no pueden cuestionarse caprichosamente.

8.2. Los adultos aclararemos entre nosotros aquello que sea conveniente, pero una vez más dejaremos al margen a nuestro hijo.

9. Nunca olvidaré que no puedo educar a mi hijo sólo a base de castigos y me esforzaré por reconocer siempre sus esfuerzos, sus cambios de actitud, las mejoras en su comportamiento y por supuesto sus logros. No convertiré los avances en su desarrollo personal en un mercadeo de premios materiales, mi reconocimiento será primordialmente afectivo, si bien no pasa nada porque de vez en cuando y sin que medie chantaje alguno por parte de mi hijo, acompañe mis gestos de algún regalo.

10. Y por muy cansado que esté, nunca bajaré la guardia porque se lo debo a mi hijo, porque en mi constancia hallará él su seguridad.

La tarea de ser padre exige lo mejor de nosotros mismos y nos obliga a realizar continuamente un esfuerzo, sin precedentes en nuestra vida, por el beneficio de un tercero, nuestro hijo. De sobra sé que este texto deja más interrogantes abiertos que respuestas haya podido ofrecerle, pero nadie tiene todas las respuestas y por mucha información que tuviéramos nunca nos parecería suficiente porque la lucha diaria está llena de incertidumbres, tan inevitables como imprescindibles, pues son la esencia de la apasionante aventura de ser padre.

No deberíamos olvidar nunca que por mucho que nos esforcemos no lo vamos hacer bien, pretenderlo es tan ingenuo como absurdo, incluso peligroso si nos acabamos obsesionando con los posibles “traumas” que podríamos generarle a nuestros hijos. Nuestra exagerada preocupación nos lleva, en demasiadas ocasiones, a perder el sentido común que nos corresponde como adultos y acabamos delegando el ejercicio de la paternidad en una ristra de profesionales que, por mucho que se impliquen y esfuercen, nunca podrán sustituirnos. De ahí que sólo nos quede un camino a seguir, el que queda trazado por nuestro firme compromiso de estar siempre atentos y dispuestos a realizar un nuevo esfuerzo, a dar ejemplo, a renunciar a momentos de paz, a pasar el mayor tiempo posible con nuestros hijos, a disfrutar de toda ocasión que se presente y a asumir que nuestros hijos se desarrollarán como personas no sólo gracias a nosotros, sino también a pesar nuestro.

REFERENCIAS

Ardila, R. (1967): Reward and punishment in contemporary psychology. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 22 (86-87), 35-47.

Bowlby, J. (1986): *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida* Madrid, Ed. Morata.

Carballo, J., Oquendo, M., Garcia-Moreno, M., Poza, B., Giner, L., Baca, E., et al. (2006): Demographic and clinical features of adolescents and young adults with alcohol-related disorders admitted to the psychiatric emergency room. *International Journal of Adolescent Medicine and Health*, 18(1), 87-96.

Ezpeleta, L., Guillamón, N., Granero, R., de la Osa, N., Domènech, J., & Moya, I. (2007): Prevalence of mental disorders in children and adolescents from a Spanish slum. *Social Science & Medicine*, 64(4), 842-849.

Gómez-Beneyto, M., Bonet, A., Catalá, M., & Puche, E. (1994): Prevalence of mental disorders among children in Valencia, Spain. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 89(5), 352-357.

Gutiérrez-Casares, J., Busto, F., Galán, F., Rangel, C., Silvestre, M., & Gálvez, I. (1993): Derivaciones psiquiátricas infanto-juveniles a una unidad de salud mental (N = 1139). Muestra general. *Revista de Psiquiatría Infanto-Juvenil*, 4208-215.

Pedreira Massa, J., & Sardinero García, E. (1996): Prevalencia de trastornos mentales de la infancia en atención primaria pediátrica. *Actas Luso-Españolas de Neurología, Psiquiatría y Ciencias Afines*, 24(4), 173-190.